

LA CULPA BUSCA LA PENA, Y EL AGRAVIO LA VENGANZA.

PERSONAS.

DON SEBASTIAN, galan.
DON FERNANDO, galan.
DON JUAN, galan.
DON DIEGO, viejo entrecano.

DON ANTONIO, viejo anciano.
MOTIN, gracioso.
DOÑA ANA, dama.
INES, criada.

DOÑA LUCRECIA, dama.
JUANA, su criada.
UN CRIADO.

La escena es en Madrid.

ACTO PRIMERO.

Sala en casa de Don Fernando.

ESCENA PRIMERA.

DOÑA LUCRECIA y JUANA, con mantos; DOÑA ANA e INES, de casa.

DOÑA ANA.

Pues que tus plantas hermosas
Honran, Lucrecia, esta casa,
O gran desdicha te mueve,
O gran ventura me aguarda.
Si esto supiera mi hermano,
Para abreviar las jornadas,
Alas fueran las espuelas,
Y pensamientos las alas.

DOÑA LUCRECIA.

Ojalá, doña Ana mía,
Que desto fuese la causa
O ya tu ventura sola,
O ya sola mi desgracia!
Disgustos dan ocasion
A mi forzosa demanda,
Que son en mi ejecuciones,
Y que en sí son amenazas.

DOÑA ANA.

Declarate, si no quieres
Que me mate en la tardanza
Tu pena y mi confusion.

DOÑA LUCRECIA.

Escucha, y preven, doña Ana,
Perdon á mis sentimientos,
Sino piedad á mis ansias;
Que para romper la nema
De los secretos del alma,
Da mi peligro disculpa,
Y tu valor confianza.
Tres veces la sierra el mayo
Ha calzado de esmeraldas,
Y tres veces el enero
La ha coronado de plata,
Despues que de mis favores
Sediento don Juan de Lara,
Bebiendo su llanto mismo,
Ha mitigado sus llamas,
Hasta que al fin su cuidado
Vigilante, su constancia
Invencible y su asistencia,
Ocasion ya de mi infamia,
Merecieron mi piedad;
Que una breve gota de agua,
Repitiendo el golpe leve,
La más dura peña labra.
Llegaron á obligaciones
Mis favores... de palabras,
Digo; que nunca á las obras
Se arrojó mi confianza;
Que no admite galanteo
La que tiene sangre hidalga,
Sino para dar la mano

A quien su favor alcanza;
Y así, como á ser su esposa
Mi pensamiento aspiraba,
Obligalle quise amante,
No recatalle liviana.
Es verdad que aunque las prendas
Que puse en su amor más caras
Fueron honestos favores
Y licitas esperanzas,
Mis cuidados y los suyos
Las hicieron de importancia;
Que de hablar á su albedrio
Dieron motivo á la fama.
Deste venturoso estado
Seguro el amor gozaba,
Y entre conjeturas oscuras
Y entre conjeturas claras,
En su tibieza empecé
A conocer su mudanza;
Y viendo que yo no habia
Dado á su rigor la causa,
Pues le obligaba constante
Cuando él mudable me agravia,
Imaginé que la luz
De otra beldad le cegaba;
Que nacen los celos cuando
Nacen las desconfianzas:
Y así con esta sospecha,
Pretendiendo averiguarla,
Centinelas puse ocultas
A sus ojos y á sus plantas.
Supe que ellas te seguian,
Supe que ellos te miraban,
Que tus balcones contempla,
Que tus puertas idolatra.
Ay de mí! no sé si diga
Que supe tambien, doña Ana,
Que merece tus oidos,
Y tus favores alcanza...
No lo digo, no lo creo;
Que fuera ofender á entrambas:
A mí, porque si viviera
Creyéndolo, fuera infamia,
Y á ti por haber tan poco
Que aumentó á las lusitanas
Corrientes del Tejo el llanto
De verte ausente las aguas.
Que cuando apenas los nombres
De las calles cortesanias
Puedes saber, cuanto más
Las noblezas de sus casas,
Te ofendiera si creyese
Que tan fácil confiabas,
A crédito de los ojos,
Obligaciones del alma.
Mas porque haber yo estimado
Su pensamiento es probanza
De sus méritos contigo,
El veneno y la triaca
Te doy juntos, pues te enseñó,
Porque pises recatada,
Entre las flores el aspíd
De su condicion ingrata.
Y así por lo que te toca,

Te estará mejor, doña Ana,
Escarmentar advertida,
Que advertir escarmentada:
Por lo que toca á Don Juan,
Será en ti más digna hazaña
Dar castigo á sus engaños
Que premio á sus esperanzas;
Y por lo que toca á mí,
Te mostrarás más humana
Que en hacerle venturoso,
En no hacerme desdichada.
Tres años há que me obliga,
Dos meses há que me agravia,
Dos meses há que te sirve,
Tres años há que me infama:
Piénsa, pues eres discreta,
Mira, pues naciste honrada,
De mi opinion el peligro,
De mi razon la ventaja,
El despecho de mi agravio,
El exceso de mis ansias,
La locura de mi amor,
Y de mis celos la rabia.

DOÑA ANA.

(Ap. Si dice verdad Lucrecia,
La razon que tiene es clara,
Y de que dice verdad
Este exceso es la probanza;
Y no es bien, pues yo no estoy
De don Juan enamorado,
Sino solo agradecida,
Que marchite la esperanza
De quien se abrasa por él,
Por quien á mí no me abrasa,
Ni que mi amante se nombre
El que otra mujer engaña.)
En cuanto á amarme don Juan,
No mienten tus asechanzas,
Lucrecia; en cuanto á que yo
Le favorezco, te engañan.
Y aunque lo pudiera hacer,
Y con disculpa, en venganza
De que á mi hermano desdenas,
Esto imagino que basta
A que de mí te asegures;
Que no es tan poca arrogancia
La de los méritos míos,
Que á un amante en quien se hallan
Achaques de amor ajeno,
Condiciones de mudanza
Y olvido de obligaciones,
Le dé lugar en el alma.

DOÑA LUCRECIA.

Deja que por tal merced
Besen mis labios tus plantas.

DOÑA ANA.

Deja tú excesos; que hacer
Yo lo que estoy obligada;
Ni es merced para contigo,
Ni es para conmigo hazaña.

DOÑA LUCRECIA.

Por hazaña y por merced

La estimo yo: solo falta
Suplicarte que le calles,
Amiga, á don Juan de Lara
Esta diligencia mia;
Que si con desden le tratas,
Y sospecha que soy yo
De su desdicha la causa,
Mal obligaré ofendido
Al que obligado me agravia.

DOÑA ANA.
Mi presuncion desconoce,
Pues el silencio me encargas.
Para que le calle yo
Tu diligencia, ¿no basta
Temer, si se la dijera,
Que don Juan imaginara
Que lo que es desden son celos,
Y lo que es rigor venganza,
Y juzgándose celosa,
Me juzgase enamorada?
No, Lucrecia, no; que somos
Las portuguesas muy vanas;
Y ¡ojala que las mujeres
Todas en esto pecaran!
Pues cuanto más vanas fueran,
Tanto fueran más honradas.

DOÑA LUCRECIA. (Ap. á Ines.)
¿Entiendes que cumplirá
Lo que promete doña Ana?

INES.
¿Tendrá un fiscal en mi;
Que no puedo ser ingrata
A la afición de Lucrecia
Y al pan que comi en su casa.

ESCENA II.

UN CRIADO.—DOÑA LUCRECIA, DOÑA ANA, JUANA, INES.

CRIADO.
Don Fernando mi señor
Ha llegado. (Vase.)

DOÑA LUCRECIA.
¿Ay desdichada!
¿Por dónde, sin que me vea,
Podré salir?

DOÑA ANA.
En las casas
De mujeres como yo,
Lucrecia, no hay puerta falsa;
Mas ¿qué importa que te vea
Mi hermano, que te recatas?

DOÑA LUCRECIA.
¿Para qué es bueno ponerme,
Si mis desdenes le agravian,
A lance de acrecentar
Mis rigores y sus ansias?
Y ¿qué puedo parecer,
Viniendo á pie y disfrazada
Donde vive quien amante
De mis prendas se declara?

DOÑA ANA.
Dices bien. Tapáos las dos;
Que yo haré cómo te vayas
Sin conocerte, si acaso
La nube del manto basta
A eclipsar el resplandor
De los rayos de tu cara.

ESCENA III.

DON SEBASTIAN y DON FERNANDO,
de camino.—DOÑA ANA, DOÑA LUCRECIA, JUANA, INES.

DON FERNANDO.
Dame, doña Ana querida,
Los brazos.

DOÑA ANA.
Pues que te veo,
No pide ya mi deseo
Más términos á la vida.

DON FERNANDO.
Otro hermano tienes más
(Pues es otro yo mi amigo)
En el señor don Rodrigo
De Ribera.

DOÑA ANA.
Pues le das
Nombre de amigo y hermano,
Esa recomendacion
Le dice mi obligacion,
Y me enseña lo que gano.

DON SEBASTIAN.
Nombre de esclavo me dad;
Que es deuda en mi conocida,
Si á quien se debe la vida
Se rinde la libertad:
Y yo al señor don Fernando
No solo debo el tenella,
Mas el merecer con ella
La dicha que estoy gozando.
(Ap. Si es dicha acaso que vea
Beldad cuya perfeccion
Atormenta el corazon,
Si los ojos lisonjea.)

JUANA.
¿Qué aguardas, señora, aquí?
Vámonos.

DOÑA LUCRECIA.
Adios, doña Ana.

DOÑA ANA.
Id con Dios.
(Vase doña Lucrecia y Juana.)

ESCENA IV.

DOÑA ANA, DON SEBASTIAN, DON FERNANDO, INES.

DON FERNANDO.
¿Quién es, hermana?

DOÑA ANA.
Una dama que de tí,
Para cierta diligencia
Que en Sevilla le importaba,
Pretendió, porque pensaba
Que durará más tu ausencia,
Valerse, y desengañada
Se parte.

DON FERNANDO.
¿Que airosa es!
El viento huellan sus piés.

DON SEBASTIAN.
Flechas despide tapada,
Que descubierta serán
Rayos.

DOÑA ANA. (Ap.)
¿Estando yo aquí
Habla este grosero así!
Menos tiene de galan
En el alma que en el talle.

ESCENA V.

MOTIN, de camino.—DICHOS.

DON SEBASTIAN.
¿Qué hay, Motin?

MOTIN.
Que hallé posada,
Y la dejo concertada.

DON SEBASTIAN.
¿Dónde?

MOTIN.
En esta misma calle;

Tan cerca, que una pared
Desta casa la divide.

DON SEBASTIAN. (Ap.)
Albricias al alma pide.

DON FERNANDO.
Mucho me huelgo, y creed
Que el aposento os hiciera
En mi casa, confiado,
Si de doña Ana el estado,
Rodrigo, lo permitiera.

DON SEBASTIAN.
No me deis satisfaciones,
Cuando ya desta verdad
Me ha dado vuestra amistad
Mayores demostraciones.

DON FERNANDO.
Vamos pues.

DON SEBASTIAN.
¿Adónde vais?

DON FERNANDO.
Quiero ver si es la posada
Para vos acomodada.

DON SEBASTIAN.
De mil modos me obligais.
(Míranse mucho don Sebastian y doña Ana.)

JUANA.
Hermosa doña Ana, adios.

DOÑA ANA.
Él os guarde.

MOTIN. (Ap.)
¿Pese á tal!
¿Yo lo he mirado mal,
¿Se miran bien los dos.
(Vase don Sebastian, don Fernando y Motin.)

ESCENA VI.

DOÑA ANA, INES.

INES.
Cierto, señora, que temo
Tu salud.

DOÑA ANA.
¿Por qué ocasion?

INES.
Con tan curiosa atencion
Y tan cuidadoso extremo
Te ha mirado el forastero,
Que si no quedas aojada,
Tienes la sangre pesada.

DOÑA ANA.
Antes, Ines, considero
Que, pues no me ha hecho mal,
No le he parecido bien.

INES.
No es tan atento el desden,
Que con suspencion igual
Se mire lo que no agrada.

DOÑA ANA.
Pues ¿qué quieres? ¿Que de mí
Esté enamorado?

INES.
Si.
DOÑA ANA.
¿Tan presto!

INES.
Cuando mirada
La hermosura ha de matar,
Muy fácil es de inferir
Que no tardará en herir
Más que se tarda en mirar.

DOÑA ANA.
¿Qué en efecto me ha mirado
Tan cuidadoso y suspenso?

INES.
Mucho lo preguntas: pienso
Que dello no te ha pesado.

DOÑA ANA.
Pues dime tú, ¿á quien le pesa
De que la quieran?

INES.
Á quien
Inclina tanto al desden
La arrogancia portuguesa.

DOÑA ANA.
Dices verdad; pero, Ines,
Si de arrogante le infaman,
Advertid que tambien llaman
Derretido al portingues.
Dame que el dorado arpon
De amor hiera al pensamiento,
Y verás que es rendimiento,
Cuanto ha sido presuncion.

INES.
¿Yes, señora, cómo tienes
Principio de amor?

DOÑA ANA.
¿De amor!

INES.
Sí; que temes el error,
Pues la disculpa previenes.

DOÑA ANA.
Y yo tambien lo presumo.
Centellas del niño ciego
Tengo en el alma, si el fuego
Se conoce por el humo.

INES.
Dime, ¿por qué lo sospechas?

DOÑA ANA.
Cuando á Lucrecia decia
Que descubierta daria
Rayos, y tapada flechas,
Un invidioso dolor
En el corazon, Ines,
Me causó, y la invidia es
Humo del fuego de amor.

INES.
Y si la verdad te digo,
La inclinacion me ha llevado;
Pero como no me ha dado
Hasta agora don Rodrigo
De sí más informacion
De la que la vista ofrece,
Dudando si me merece,
Reprimo la inclinacion.

INES.
Si de lo que has visto estás
Contenta, dudas en vano,
Pues abona el ser tu hermano
Tan su amigo lo demas.

DOÑA ANA.
Bien dices.

INES.
Si digo bien,
¿Qué falta ya?

DOÑA ANA.
Que conmigo
Se declare don Rodrigo.

INES.
Yo lo trataré tan bien,
Que puedas tú declarar.

DOÑA ANA.
Haré si me merece.
Mas ¿sabes que me parece
Que estás mucho de su parte?

INES.
Que estoy muy contra don Juan
Dirás; que como desprecia
Tan sin razon á Lucrecia,
Pena sus penas me dan;
Que me pone en tanto empeño,

Demas de que la he servido,
Porque mi tercera ha sido
Para tenerte por dueño;
Y me holgaré de que él halle
En tu rigor su castigo.

DOÑA ANA.
Yo pienso que don Rodrigo
Ha venido á castigalle.
(Vase.)

Sala en casa de don Diego.

ESCENA VII.

DON SEBASTIAN, DON DIEGO,
MOTIN Y CRIADOS.

DON SEBASTIAN.
Señor don Diego de Mendoza, á solas
Quedemos; que en secreto importa ha-
blaros.

DON DIEGO.
Despejad.
(Vase los criados.)

DON SEBASTIAN.
Cesen ya las altas olas,
Y muéstrense de luz menos avaros
Los cielos á la noche tenebrosa
De confusion tan larga y tan penosa,
Que ciego y triste contra opuestos polos
Me obligó á discutir.

DON DIEGO.
Ya estamos solos.

INES.
Yo, señor, soy don Sebastian de Sosa:
Don Antonio de Sosa, vuestro amigo,
Me dió el ser y la sangre generosa,
De cuya calidad sois vos testigo.

DON DIEGO.
Bien venido seais: dadme los brazos
Antes que prosigais.

DON SEBASTIAN.
Estos abrazos
Son el primer alivio que he tenido
En cuanto mar y tierra he discurrido.

DON DIEGO.
¿Gracias á Dios que con salud os veo!
Decid ya lo demas; yo lo deseo.

DON SEBASTIAN.
Quince veces la hermosa primavera
Ha dado alfombras fértiles á Flora
Despues, señor, que yo de la ribera
Del lusitano piélagos, en la aurora
De mi edad, á las Indias Orientales
Partí á buscar el rostro á la fortuna,
Llevando para asilo de mis males
Al que del sol de España iba á ser luna
En aquella region; que fui en mi casa
Hijo tercero, y la porcion escasa
Que de los bienes libres paternales
Esperaba heredar, no me podia
Sustentar con el lustre que pedia
La presuncion de pechos principales.
Allí pues en tres lustros de mi vida
Me dieron, ya la paz y ya la guerra,
Tan claro nombre, hacienda tan lucida,
Que en la ajena olvidé mi propia tierra,
Cuando una carta de mi padre ¡ay cie-
[los!

DON SEBASTIAN.
Cubrió tan clara luz de oscuros velos.
Mándame que al momento
Me parta á España, y que venir procure
Desconocido, para que asegure
La honrosa ejecucion de cierto intento;
Y que él me aguarda oculto en esta
[corte,

DON DIEGO.
Donde vos solo habeis de ser el norte

Por quien he de buscar, de vos fiado,
El lugar donde vive retirado.
Estas fueron, en suma,
Las preñadas razones que su pluma,
Para causarme tenebrosa calma,
Pintó á los ojos y esculpíó en el alma.
Al fin, ó la obediencia del preceto,
Ó la curiosidad deste secreto,
Me sacó de las playas orientales,
Y en una de dos máquinas navales,
Movibles promontorios, que de Goa
Los tesoros conducen á Lisboa,
Del mar penetro climas dilatados
Para ponerles fin á mis cuidados. [ra,
Y un día, al correr su pabellon la auro-
Que alegra á luces cuando á perlas
Desde el tope, que sube [llora,
Á barrenar la mas distante nube,
Un marinero experto,
Tierra, tierra! en alegres voces dice;
Y á poco espacio el lusitano puerto
Felice vió quien le buscó felice;
Que yo, fletando un barco que ligero
A recibimos se engolfó primero,
Solo me arrojo en él, y el horizonte
De Portugal discurro hasta Ayamonte.
Donde ya libre de que me pudiera
Ninguno conocer, mi nombre dejo
Por el de don Diego de Ribera,
Y parto á la ciudad á quien da espejo
El Bétis de cristal, y allí en diez dias
Para Madrid dispuse mi jornada,
Donde ya en vos las desventuras mias
Gran parte ven demi intencion lograda,
Puesto que vivo y con salud os veo,
Y agora solo resta á mi deseo
Saber, si ya la tierra no sepulta
Á mi padre, el lugar en que se oculta.
Para que tenga fin este cuidado
Que tan largas fatigas me ha costado.

DON DIEGO.
Quietad el pecho: vuestro padre vive,
Y aunque en Madrid ha estado,
Lugar por su grandeza acomodado
Para que en él se oculte quien recibe
De la fortuna injurias,
Dos meses solamente
Habrá, don Sebastian, que un accidente
Le obligó á retirarse á las Asturias,
Donde, mudado el nombre, deste dia
La luz dichosa espera:
Vos no hagais novedad; que mensajera
Será una carta mia,
Más breve y más segura,
De la llegada vuestra y su ventura.

DON SEBASTIAN. [parta?
¿No es más razon que yo á buscallo
DON DIEGO. [carta
Que en Madrid le espereis, y yo por
Le avise, el orden fué, si ha de cum-
[plirse,
Queme dió vuestro padreal despedirse.

DON SEBASTIAN.
Fuerza es que le obedezca;
Mas vos, don Diego, porque no padezca
Mi pecho confusion tan congijosa,
Si la sabeis acaso, de su intento
La causa me decid.

DON DIEGO.
Su pensamiento
Ignoro; pero siendo tan penosa
La ocasion y tan grave
Que á don Antonio á lo que veis obliga,
Fuera del no es razon que otro os la di-
Pues que será deciros que la sabe; ¡ga,
Porque ni aun vuestro padre, si pudiera
Excusallo, era bien que la dijera.
(Vase.)

ESCENA VIII.

DON SEBASTIAN.

¡Válgame Dios! Cuando entendí que ha-
llegado al puerto la desdicha mía, ¡bía
La tempestad parece que comienza.
¡Don Diego de Mendoza se avergüenza
De referirme la ocasion! ¿Qué dudo?
Con no decilla dijo cuanto pudo.
¡Mi padre vive oculto y desterrado
De su patria, con nombre disfrazado!
Infame es la ocasion, la causa es fea.
Mas ¿qué me afijo? Lo que fuere sea;
Que pues para el remedio me ha lla-
[mado,
Posible lo imagina, y ya he llegado,
Y yo de cualquier modo
Tengo valor para salir con todo. (Vase.)

Calle.

ESCENA IX.

DON FERNANDO, encontrándose con
DON SEBASTIAN.

DON FERNANDO.

Don Rodrigo.

DON SEBASTIAN.

¿Qué hay, amigo?

DON FERNANDO.

Apénas llegado habeis
A Madrid, cuando ya haceis
Visitas que son conmigo
Por dos partes ocasion
De celos.

DON SEBASTIAN.

Mucho sintiera
Que mi amistad no os cumpliera
En todo su obligacion:
Decid pues cómo os he dado
Los celos que habeis tenido
Para que enmiende advertido
Lo que ignorante he pecado.

DON FERNANDO.

Bien decís; que no es razon
Que os recate, don Rodrigo,
Siendo mi mayor amigo,
La llave del corazón.
De don Diego de Mendoza
Es esta casa de donde
Salís, que es nube que esconde
El rayo ó cielo que goza
En su hija, una deidad,
Vida y muerte de mi amor,
Pues me mata su rigor,
Y me anima su beldad.
Celos me dais por amigo,
Si á don Diego visitastes,
Pues lo que con él hablastes
No habeis tratado conmigo;
Y si á Lucrecia, ignorante
De mi aficion, visitais,
Aunque mi amigo seais,
Me dais celos por amante.

DON SEBASTIAN.

Fernando, ni en la amistad
Ni en el amor os ofendo;
Que ni á Lucrecia pretendo,
Ni tuve de su beldad
Jamás otra relacion
Que la que me dais aquí;
Mas aunque á su padre vi
Sin daros cuenta, no son
Vuestras quejas bien fundadas;
Que no obligó el comenzar

Vuestra amistad á acabar
Correspondencias pasadas (1).
(Vase don Fernando.)

ESCENA X.

DON SEBASTIAN.

¡Ah cielos! ¡Si yo la mano
De doña Ana mereciese
En premio de que la diese
Doña Lucrecia á su hermano!
Mas ¿cómo en el triste estado
De mi opinion recelosa,
Tu beldad, doña Ana hermosa,
Lisonjea mi cuidado?
¡Ay de mí! que en la memoria
De las deudas de mi honor,
Huye la dicha de amor,
Y desvanece la gloria;
Como el pintado pavon,
Que por más que haciendo en torno
Con la pompa de su adorno
Arrogante ostentacion,
De hermoso y galan presuma,
Pierde marchito despues,
En la fealdad de los piés,
La vanidad de la pluma. (Vase.)

Calle.

ESCENA XI.

DOÑA ANA é INES, á una reja baja;
despues MOTIN.

DOÑA ANA.

Pues Motin está en la calle,
Háblale agora.

INES.

Detras
De la ventana podrás,
Sin que él lo entienda, escuchalle.

DOÑA ANA.

Infórmate con cautela
De todo.

INES.

Pierde cuidado.
(Ocúltase doña Ana, y sale Motin.)

MOTIN. (Ap.)

¡Que haya de ser un criado,
Por su dueño, centinela
De su dama noche y día!
¡Y que una escasa racion
Incluya en su obligacion
Tambien la alcahueteria!

INES.

Motin...

MOTIN.

¿Quién llama?

INES.

Yo soy.

MOTIN.

¿Cómo, Ines, soy tan dichoso,
Que me llamas?

INES.

Vite ocioso,
Y porque tambien lo estoy,
Quise entretener así
A los dos.

MOTIN.

Merced me has hecho;
Que me fastidian el pecho
Algunas cosas que vi,
Como soy recién venido
A Madrid, que si no hallara

(1) En las dos impresiones de esta comedia que hemos tenido á la vista sigue á este verso un trozo de ciento, treinta y cuatro, que corresponde al acto segundo.

Con quien dellas murmurara,
Me muriera de podrido.

INES.

Di pues, descansa.

MOTIN.

Un mozueto,
Buido de piés, que andando
Va cada momento dando
De puntillazos al suelo,
¿Qué significa?

INES.

Que como
Es puntiaguado el zapato,
No entra bien.

MOTIN.

Pues ¿más barato
No fuera calzarle romo?
Y algunos que braceando
Con la mano acucharada,
La manga desabrochada
Y sin puños, le va dando
En los dedos el aforro,
¿Es gala ó hipocresía?
Es alño ó porquería?
Es descuido ó es ahorro?
¿O presumen por ventura
De manos, y hacen con esto
Que junto al color opuesto
Parezca más la blancura?
Y el que levanta igualmente
Por los dos lados el ala
Del sombrero, y por gran gala
Lleva un candil en la frente,
Dime ¿en qué puede fundarse?
¿Y en qué se funda un galan,
Que vistiendo tafetan
En julio, por no abrasarse,
Embute de estofa yana
Dubon y calzon? Querria
Saber si la seda enfria
Más que calienta la lana.
Y el escolar que camina
Con un matachin meneo,
Y hecho un rollo del manteo,
Se le encaja en la pretina,
¿A quién no le causa risa?
¿Y un paje que, si reparas,
Mide las ligas á varas,
Y á pulgadas la camisa?

INES.

Y tú; pues en eso tocas,
¿Cuántas tienes?

MOTIN.

Tengo, Ines,
Si verdad te digo, tres.

INES.

Pues ¿cómo tiene tan pocas
Quien de las Indias llegó
Un mes há?

MOTIN.

Engañada estás;
Qué no he fiado jamás
Al agua la vida yo.

INES.

Pues ¿cuándo entraste á servir
A don Rodrigo?

MOTIN.

Despues
Que señalaron sus piés
La orilla á Guadalquivir.

INES.

Segun eso, no sabrás
Su calidad.

MOTIN.

Solo sé
Que en sus acciones se ve
Que ninguno tiene más.

INES.

Y di, ¿qué finezas fueron
Las que hicieron tan amigo
De Fernando á don Rodrigo?

MOTIN.

En Sevilla concurren
En una posada un día
Los dos, y en viéndose en ella,
Halló en cada cual su estrella
Lo que llaman simpatía.

INES.

¿Simpa... qué?

MOTIN.

Conformidad,
Hablando á lo castellano.
Pues como abrasa el verano
El sol aquella ciudad,
Fuimos una noche al río
Los tres, y siendo el primero
En desnudarse ligero
Mi señor, al cristal frío,
Sin prevenir los azares
Que sin duda imaginó
Que se echaba en Manzanares.
Despojábase espacioso
La ropilla don Fernando
Por no acatarrarse, cuando
A mi dueño, congojoso,
En un mal formado acento,
Que gorgoritas hacia,
Escuchamos que decía:
«¿Que me abo, su!» Y al momento
Al peligro se arrojó
Animoso don Fernando,
Medio vestido, y nadando,
A la orilla le sacó.

INES.

Y tú; no le socorriste?
¿No sabes nadar?

MOTIN.

Si sé,
Mas del refran me acordé.

INES.

¿De qué refran?

MOTIN.

¿Nunca oiste
Decir que el buen nadador
Guarda la ropa?

INES.

Si oí.

MOTIN.

Pues yo, que lo soy, allí
La guardaba á mi señor:
Demas que era desatino
Entregarme al agua, á quien
Jamás he querido bien.
Si el Bétis fuera de vino,
Don Rodrigo pasara
Seguro su centro frío.

INES.

¿Cómo?

MOTIN.

Sorbiérame el río,
Y él en seco se quedara.
En esta hazaña se funda,
Pues, la amistad que nació
En los dos, á que añadió
Nuevos lazos la segunda.
A la posada venia
Una noche don Rodrigo
Muy tarde, solo conmigo;
Y cuando llamar queria
A la puerta, acometieron
A matarnos con montantes
Cuatro feroces gigantes.

INES.

¿Tan grandes te parecieron?

MOTIN.

Pues piensa que me limito,
Que en ellos fuera una espada
Hasta el recazo envainada
Picadura de mosquito.
Y así, valiéndome, como
En la ventajosa lid
Del gigante hizo David,
De otras armas, quité el pomo
A mi espada, y de una liga
Hice una honda, y tiré
Al uno, y le reventé
Un ojo; y con la fatiga
Cayó el Polifemo, dando
Tal golpe, que estremeció
La ciudad, y despertó
El estruendo á don Fernando,
Que asomándose á un balcon,
Y viendo que don Rodrigo,
Su camarada y amigo,
Estaba en tal afliccion,
A la calle se arrojó
Con una espada, en camisa,
Y á los gigantes tal prisa
De cuchilladas les dió,
Que todos en un momento
Se desaparecieron como
Humo al viento.

INES.

¿Y el del pomo?

MOTIN.

Huyó tambien tan sin tiento,
Como en lo tuerto no estaba
Ducho, que la calle errando
Y en las casas tropezando,
Como holas las birlaba.

INES.

¡Gran ventura! Mas querria
Saber de dónde contigo
Esa noche don Rodrigo
Tan á deshora venia;
Porque desto y de intentar
Darle muerte esa cuadrilla,
Colijo yo que en Sevilla
Se debió de enamorar.

DOÑA ANA. (Ap. al paño.)

Sutilmente ha rodeado
La plática á mi intencion.

MOTIN.

Yo pienso que la ocasion,
Ines, de haberle intentado
Matar, fué para quitalle
Un diamante que traia
En el dedo, que podia
El mismo sol cudicialle;
Que allí no galanteaba;
Antes, segun lo que ahora
A tu hermoso dueño adora,
Y á Madrid apresuraba,
Logrando instantes del día,
Su jornada, he sospechado
Que estaba allá enamorado
De doña Ana en profecía.

DOÑA ANA. (Ap.)

¡Victoria, amor!

MOTIN. (Ap.)

De un chapin
Tras de la ventana brilla,
O me engaño, una virilla.
¿Si escucha doña Ana?

INES.

Al fin
¿La tiene amor?

DOÑA ANA. (Ap. á Ines.)

Tiempo es
De declararte.

MOTIN.

(Ap. ¿Qué he visto?

Del pié le ha dado. Por Cristo
Que juega con ganso Ines.)
Toda la noche se queja,
Y suspira tan sentido,
Que el huésped le ha despedido
Porque dormir no le deja.

INES.

Pues pide para los dos
Albricias á don Rodrigo;
Que su amor yo soy testigo
De que es pagado; y adios.
(Retíranse las dos.)

MOTIN.

¡Hay tal dicha! Cierito es
Que doña Ana lo ha escuchado,
Y fué entre los dos tratado
Cuanto aquí me ha dicho Ines.

ESCENA XII.

DON SEBASTIAN.—MOTIN.

DON SEBASTIAN.

Motin...

MOTIN.

Señor, mi deseo
Te llamó; que en este instante
Me ha dicho Ines que es tu amante
Doña Ana.

DON SEBASTIAN.

¡Oh cielos! No creo
Tanta ventura.

MOTIN.

Yo sí;
Que lo que á Ines escuché,
Orden de doña Ana fué.

DON SEBASTIAN.

Pues ¿cómo?

MOTIN.

Hablando de tí
Desde la reja á la calle,
Donde yo estaba en espía,
Despues que gastado habia
Gran prosa en exageralle
Tu ciego amor, vi que Ines
Un poco se suspendió,
Y que la atencion pasó
De los ojos á los piés.
Penetré la celosía,
Aplicando un poco más
La vista, y vi que detras
De la ventana lucia
Una virilla, chismosa
De su dueño y de su intento,
Que dijo á mi pensamiento
Que era de doña Ana hermosa.

Disimulé, y luego vi
Que despidió la virilla
Una breve zapatilla,
Así flamante y así
Ajustada, que pensé,
Viendo que nada injuriaba
Su primer faccion, que estaba
En la horma, y no en el pié.
Mas desengañome luego
Una rosa ó una estrella,
Que despues que llegó á vella
El amor le pintan ciego,
Que en puntillas tan brillantes
Y candidas se remata,
Que si no es globo de plata,
Es erizo de diamantes.
Salió pues, señor, el pié,
Si recatado, lascivo,
Que tiene más de atrevido (1)
Cuando se ve y no se ve;

(1) Así dicen las impresiones antiguas, pero evidentemente es una errata, debiendo leerse:

«Que tiene más atractivo».

Y tocó á Ines. Yo creí
Que tocaba á retirar,
Y no fué sino tocar
A declararse; y así
Me dijo: «Para los dos
Pide albricias á Rodrigo;
Que su amor yo soy testigo
De que es pagado; y adios.»

DON SEBASTIAN.
¿Es posible que ha tenido
Tan dichoso fin mi pena?
Dale á Ines esta cadena,
Y tú ponte aquel vestido
Que estrené cuando partí
De Guadalquivir.

MOTIN. (Ap.)
Dió fuego.

DON SEBASTIAN.
¿Que á ser tan dichoso llego?
Que tanto bien merecí?
Pues que doña Ana me adora,
Vengan penas, vengan males;
Que si antes eran mortales,
Serán medianas agora.

MOTIN.
Pues ¿podrás estar quejoso
De las nuevas que te he dado?

DON SEBASTIAN.
Más que cuerdo desdichado,
Quiero ser loco dichoso.
(Vase.)

Sala en casa de don Fernando.

ESCENA XIII.

DON JUAN Y DOÑA ANA.

DOÑA ANA.
Señor don Juan, por mi vida
Que os vais.

DON JUAN.
Señora, ¿qué es esto?
¿Vos me despedís tan presto?
A dalle la bienvenida
Vengo, por nuestra amistad,
A vuestro hermano; y así,
Ni le hará el hallarme aquí
Sospecha ni novedad,
Si vos conmigo la hacéis
Por eso.

DOÑA ANA.
De porfiado
Estáis ya, don Juan, cansado.

DON JUAN.
¿Ay de mí! Ya os ofendeis
De verme! Ya vuestros ojos,
De quien luces merecí
De favores, contra mí
Fulminan rayos de enojos!
¿En que os ofendi, señora?

DOÑA ANA.
En nada.
DON JUAN.
Pues ¿qué mudanza
Es esta que mi esperanza
Condena sin culpa agora?

DOÑA ANA.
Mudanza.
DON JUAN.
¿Puedela hacer
Sin causa quien su favor
Ha empeñado?

DOÑA ANA.
Es loco amor.

DON JUAN.
¿No sois noble?
DOÑA ANA.
Soy mujer.

ESCENA XIV.

DON SEBASTIAN Y MOTIN, que se
quedan acéchando á DOÑA ANA Y
DON JUAN.

DON SEBASTIAN. (Ap. con Motin.)
¿Qué estoy viendo?

MOTIN.
El galan es
Que te da cuidado.

DON SEBASTIAN.
¡Ah cielos!
Ya son agravios mis celos.

MOTIN.
¿Doyle la cadena á Ines?

DON SEBASTIAN.
Necio estás.

DON JUAN.
Solo de vos
Saber la ocasion querría
De mi mal, doña Ana mía.

MOTIN.
¿Mia dijo, vive Dios!

DON SEBASTIAN.
Oye.

DOÑA ANA.
Don Juan, idos ya;
Que no os la quiero decir.

DON JUAN.
Ni yo de aquí he de salir.

DOÑA ANA.
Entraréme yo.

DON JUAN.
Será
(Quiere irse, y tiénela.)
Obligarme á ser grosero.

DOÑA ANA.
Soltad: ¿qué es esto, atrevido?

DON SEBASTIAN.
(Ap. Sin darme por entendido
Del caso, estorballe quiero.)
¿Está el señor don Fernando
En casa?

DON JUAN. (Ap.)
¿Hay licencia igual!

DOÑA ANA. (Ap.)
¿Que sucedió al fin el mal
Que yo estaba recelando!

DON JUAN.
¿Quién es? Quién desta manera,
Donde yo en visita estoy,
Sin avisar entra?

DON SEBASTIAN.
Soy
Don Rodrigo de Ribera,
Y soy, porque soy su amigo,
Don Fernando Vasconcelos;
Pero vos ¿quién sois?

DOÑA ANA. (Ap. De celos)
Da sospechas don Rodrigo,
Y antes que se empeñe, quiero
Estorballe.) Si le hallais
Conmigo, ¿que preguntais?
Amigo es tan verdadero
El señor don Juan de Lara
Como vos de don Fernando;
Que si no lo fuera, estando
El ausente no pisara

DON SEBASTIAN.
Y yo digo, pues pagais
Con tal favor mi aficion,
Que no me deis la ocasion,
Pues la licencia me dais.

MOTIN.
Y yo que, pues ha tenido
Tan dichoso fin tu pena,
Le doy á Ines la cadena,
Y me tomo yo el vestido

DON SEBASTIAN.
Desta casa los umbrales.
DON JUAN. (Ap.)
¿Satisfaciones le da?
Yo he reconocido ya
El principio de mis males.

DON SEBASTIAN.
(Ap. Disimular me conviene.)
Preguntéle por saber,
Señora, lo que he de hacer
De la obligacion que tiene
Al señor don Juan mi amigo
Fernando; y así, pensad
Que es una vuestra amistad
Con él, don Juan, y conmigo.

DON JUAN. (Ap.)
Bien disimula.
DOÑA ANA. (Ap.)
Prudente,
Cuerdo y cortés se mostró.

DON JUAN.
Lo mismo os ofrezco yo.
(Ap. ¡Ah cielos! la boca miente;
Que no es esta la ocasion
Que declararos podeis;
Pero á solas le diréis
Lo que siente el corazon.)
A doña Ana, don Rodrigo,
Os quedad acompañando
Mientras viene don Fernando,
Puesto que sois tan su amigo. (Vase.)

ESCENA XV.

DOÑA ANA, DON SEBASTIAN, MOTIN.

DOÑA ANA.
(Ap. Ya le entiendo: de celoso
Da señales.) No os quedeis,
Don Rodrigo; no le deis
Causa de estar sospechoso.

DON SEBASTIAN.
¿Satisfacion á don Juan
Quereis dar?

DOÑA ANA.
Y vos ¿por qué
Deso quereis que os la dé?

DON SEBASTIAN.
¿Que haya quien, siendo galan,
Tenga licencia, en ausencia
De vuestro hermano, de veros?

DOÑA ANA.
¿Teneisla vos de ofenderos
Y reñirme esa licencia?

DON SEBASTIAN.
¿No la tiene el que os adora?

DOÑA ANA.
¿Vos me adorais?

DON SEBASTIAN.
Pues mis ojos,
¿No os han dicho mis enojos?

DOÑA ANA.
No entendi tal; mas agora
Que claramente á decirme
Vuestro amor llegais, Rodrigo,
Que teneis licencia, digo,
De ofenderos y reñirme. (Vase.)

DON SEBASTIAN.
Y yo digo, pues pagais
Con tal favor mi aficion,
Que no me deis la ocasion,
Pues la licencia me dais.

MOTIN.
Y yo que, pues ha tenido
Tan dichoso fin tu pena,
Le doy á Ines la cadena,
Y me tomo yo el vestido

DON SEBASTIAN.
Desta casa los umbrales.
DON JUAN. (Ap.)
¿Satisfaciones le da?
Yo he reconocido ya
El principio de mis males.

DON SEBASTIAN.
(Ap. Disimular me conviene.)
Preguntéle por saber,
Señora, lo que he de hacer
De la obligacion que tiene
Al señor don Juan mi amigo
Fernando; y así, pensad
Que es una vuestra amistad
Con él, don Juan, y conmigo.

DON JUAN. (Ap.)
Bien disimula.
DOÑA ANA. (Ap.)
Prudente,
Cuerdo y cortés se mostró.

DON JUAN.
Lo mismo os ofrezco yo.
(Ap. ¡Ah cielos! la boca miente;
Que no es esta la ocasion
Que declararos podeis;
Pero á solas le diréis
Lo que siente el corazon.)
A doña Ana, don Rodrigo,
Os quedad acompañando
Mientras viene don Fernando,
Puesto que sois tan su amigo. (Vase.)

ACTO SEGUNDO.

Calle.

ESCENA PRIMERA.

DON SEBASTIAN Y DON DIEGO.

DON SEBASTIAN.
Esto habeis de hacer, señor
Don Diego, por mí, supuesto
Que os esté bien; que yo en esto
No soy más que intercesor
Con vos, consejero no,
Pues es fuerza que sepais
Lo que perdeis ó ganais
En ello mejor que yo,
Que soy tan recién llegado:

Si bien por las ocasiones
Que os he dicho, en las acciones
De don Fernando me ha dado
Su valor y calidad
Informacion tan entera,
Que en su emulacion dijera
Lo que digo en su amistad.

DON DIEGO.
¿Que tantas obligaciones,
Don Sebastian, le teneis?

DON SEBASTIAN.
Las que colegir podeis
De quien en dos ocasiones
La vida, señor, me ha dado:
Demas que lograr confío,
Siendo vos tercero mio,
Con su hermana mi cuidado;

Que si á Lucrecia le dais,
Con tal que me dé la mano
De la que adoro, su hermano
Se tendrá (pues le obligais
Dándole el bien que desea)
Por venturoso, y á mí
Me calificais así.

Pues queriendo que yo sea
De vuestro yerno cuñado
(Puesto que importa occultalle
Quien soy), puede aseguralle
Vuestro abono ese cuidado.

DON DIEGO.
Yo estimo, como es razon,
A don Fernando, y le diera,
Puesto que el no los tuviera,
Méritos la intercesion;
Mas determinarme quiero,
Supuesto que es portuages,
Y vuestro padre lo es,
Informándome primero
De tan verdadero amigo;
Y así, le hemos de esperar;
Que con él se ha de tratar
Este caso, no conmigo.

DON SEBASTIAN.
Si en él lo comprometéis,
La norabuena desde hoy
A don Fernando le doy.

DON DIEGO.
¿Qué sabeis? No os empeñeis. (Vase.)

ESCENA II.

DON SEBASTIAN.

¡Oh padre! ¡as ansias mias
Te den las ansias de amor:
Cifre el planeta mayor
En un instante los dias
De tu prolija tardanza;
Que donde es tal la ocasion,
Da muerte la dilacion,
Si da vida la esperanza

ESCENA III.

DON JUAN.—DON SEBASTIAN.

DON JUAN.
Más fácilmente, señor
Don Rodrigo, pareceis
A quien veros no quisiera
Que á quien os procura ver.

DON SEBASTIAN.
No sé por qué lo decís.

DON JUAN.
Dígoles porque, despues
Que para estorbarme en casa
De doña Ana os encontré,
No pude hallaros, de muchas
Que os he buscado, una vez.

DON SEBASTIAN.
Ni aun esta pluguiera á Dios
Me hallarades si ha de ser
Para decirme pesares;
Que decir que os estorbé
Cuando en casa de doña Ana
Los dos nos hablamos, es
Un lenguaje muy ajeno,
Don Juan, del que usar debeis
Por vos, por ella y por mí;
Porque ni á doña Ana, á quien
Mira con respeto el sol,
Os pudistes atrever,
Ni ella permitir que á solas
Con mas licencia la hableis
Que en presencia de testigos,
Ni vos, conforme á la ley
De noble, cuando eso fuera,
Lo debeis dar á entender,
Ni á mí, que soy de su hermano
Tan estrecho amigo, es bien,
Cuando olvidéis lo demas,
Que dese modo me hableis.

DON JUAN.
Esas son caballerias
De Amadis y Florisel,
Y se os luce, don Rodrigo,
Lo recién llegado bien,
Pues ignorais que en la corte
La competencia es cortés,
Permitido el galanteo
Y usado el dallo á entender;
Y más donde la ocasion
Por que os he buscado, fué
Esta sola; que me importa
Saber de vos si teneis
Prendas de amistad no más,
O empeños de amor tambien,
Con doña Ana Vasconcelos,
Y si en vos he de tener
Amigo ó competidor.

DON SEBASTIAN.
Mal os ha informado quien
Os dijo que los preceos
De noble y galan no sé,
Y que cuando amante sea,
De mí lo habeis de saber;
Fuera de que os engañais
Si pensais que en mí no es,
Para estorbar vuestro amor,
Bastante ocasion tener
Amistad á don Fernando.

DON JUAN.
Con ese color quereis
Pasar por virtud conmigo
Lo que es delito con él.
Y puesto que así lo entiendo,
En resolucion sabed
Que si vos, como Faeton,
El pensamiento atreveis
Al sol que adoro, esta espada

Un rayo ardiente ha de ser,
Que en vuestras cenizas llueva
Escarmientos otra vez.

ESCENA IV.

DON FERNANDO.—Dichos.

DON FERNANDO. (Ap.)
¿Qué es esto?

DON SEBASTIAN.
Al fin me tratáis
Como á forastero, pues
Desconocéis este acero;
(Empuñan.)
Mas presto veréis en él
Vuestro engaño y mi valor.

DON FERNANDO.
Don Juan de Lara, tened;
Don Rodrigo, basta.

DON JUAN. (Ap.)
¡Ah cielos!

DON FERNANDO.
¿Qué es esto?

DON SEBASTIAN.
Pues os poneis
De por medio, ya no es nada.

DON FERNANDO.
Si acaso puedo saber
La causa deste disgusto,
A gran ventura tendré,
Don Juan, llegar á ocasion
De evitallo y componer
De los dos la diferencia.

DON JUAN.
Solo deciros podré
Que á mí me sobra razon,
Y que la suerte cruel
No pudo hacerme pesar
Agora mayor que haber
Llegado vos á impedir
Mi furia. (Vase.)

ESCENA V.

DON SEBASTIAN, DON FERNANDO.

DON FERNANDO.
Don Juan, volved.—
Fuego despiden sus ojos,
Y el viento injurian sus pies.—
¿No puedo yo, don Rodrigo,
Saber qué es esto?

DON SEBASTIAN.
¿No veis
Que el silencio de don Juan
Me le ha obligado á tener,
Pues á vos mismo, Fernando,
No ha de pareceros bien
Que yo remita á la lengua
Lo que á las espadas él?

DON FERNANDO.
Basta; doyme por vencido.
(Ap. Lucrecia sin duda es
La ocasion, porque don Juan
Es su amante, y le escuché
Sentimientos de celoso.)
Decidme, Rodrigo, pues,
¿Qué hay de mi esperanza? ¿Hablastes
A don Diego?

DON SEBASTIAN.
Ya le hablé;
Y aunque conoce y estima
Lo mucho que merecis,
Responde que por agora
No se puede resolver.